

y le condujo hacia un pequeño gabinete contiguo á su dormitorio. Era una habitación de ocho ó diez pies cuadrados, expuesta al mediodía, llena de tiestos de flores y cajas de arbustos, y de cuyas ventanas enrejadas se cerraban por la noche los vidrios interiores, que se abrían de día.

Aves de todas clases de las especies más raras, rojas, azules, verdes, doradas, plateadas, dormían allí en toda clase de posturas.

En medio de aquel cuartito, ó más bien de aquella gran jaula, estaba fija una gran percha de palo de rosa, coronada con un techo en forma de castillo chino, pequeña prisión en medio de la grande.

Aquel era el kiosko de las palomas.

Al acercarse los dos jóvenes, con el ruido que hacían, una de las palomas hizo un ligero movimiento; sacó su cabeza de debajo del ala, hizo brillar en la sombra su ojo dorado, y pasó su rosado pico á través de una de las puercecitas de su pabellón.

Parecía la paloma tornera.

Inspeccionó los recién venidos, y sin duda quedó satisfecha de su inspección, porque á su vista hizo un pequeño arrullo, que quería decir:

— Podéis acercaros, amigo Frantz y amiga Rosa, porque os conocemos hace tiempo, y sabemos que nada tenemos que temer de vosotros.

— Pues bien, ¿qué? preguntó el duque á Rosa.

— Ahora bien, monseñor, ¿no comprendéis de qué mensajero quiero hablar?

— ¡Ah! si tal.

— ¿Teméis que ésta os haga traición?

— Eres una hada, Rosa.

Y el príncipe abrió la puerta, alargó el brazo y cogió

sobre su bastón la paloma que á su llegada les había salutado con su arrullo.

— Ven, mi bella mensajera, le dijo besándola; no llores así, no dejas tu nido más que por algunas horas, y yo dejaría de muy buena gana el mio por dormir por toda una eternidad en aquel en que tú vas á estar.

Y alargó la paloma á la joven, después de haber besado segunda vez la cinta de terciopelo negro, anudada por la naturaleza en torno de su cuello.

Cogióla Rosa, la besó en el mismo sitio, abrió vivamente su pañuelo, y la ocultó en su pecho.

Era preciso separarse.

Convínose en que la paloma llevaría la respuesta entre las doce y la una, y que á aquella hora el duque la esperaba á la ventana.

En seguida se separaron los dos jóvenes, Rosa haciendo jurar al duque que no la aguardaría más al balcón, el duque haciendo jurar á Rosa que vendría al día siguiente para no marcharse hasta el postsiguiente al amanecer.

CAPÍTULO IX.

LA APARICIÓN.

Al día siguiente, ó más bien á la siguiente noche á las altas horas, el duque de Reichstadt, á pesar de la súplica y de la prohibición de Rosa, á pesar del juramento que había hecho sobre aquella súplica y aquella prohibición, estaba el duque de Reichstadt como la vispera, á la ventana, aguardando, no á la joven, como la vispera, sino á

Mr. Sarranti; porque la paloma había venido á la hora convenida á anunciarle la visita de éste para medianoche.

Eran las once y media.

Media hora más, é iba á encontrarse delante de uno de los hombres que habían servido más fielmente al emperador, y que se disponía á servirle después de su muerte, más fielmente aún que durante su vida.

Fuese impaciencia ó dificultad de sufrir aquella atmósfera fría de febrero, á eso de las doce menos cuarto volvió el joven á cerrar la ventana, corrió herméticamente las cortinas, fué á sentarse sobre el sofá, y dejando caer su frente sobre sus manos, meditó profundamente.

¿En qué pensaba?

¿Pasaba por delante de él su infancia, como el curso monótono de un río, ó veía encadenado á su roca al Prometeo de Santa Elena, con el costado abierto y las entrañas sangrando?

Además, el cuarto que habitaba bastaba por sí solo para despertar todos sus recuerdos.

Aquel mismo cuarto en que él habitaba, había sido habitado por Napoleón dos veces y en dos épocas diferentes: la primera, ya lo hemos dicho, en 1805, después de Austerlitz; la segunda, en 1809, después de Wagram.

Á pesar de los diez y ocho años transcurridos, la distribución de la habitación era la misma.

Componíase, y se compone aún hoy, de tres grandes piezas, una antecámara y un gabinete de tocador suntuosamente decorados, con esculturas, dorados, tapicerías, muebles de laca de la China, estando todo contiguo á las galerías donde se veían las pinturas que representaban las fiestas y las ceremonias de la corte en tiempo de María Teresa y José II.

El retrato del emperador Francisco de Lorena, el de

José, de Leopoldo y del emperador reinante, pintado en su infancia junto á su madre, decoraban el salón de recibir, en el que se nota una estatua bastante bella de la Prudencia, esculpida en mármol.

El cuarto del príncipe era la tercera pieza, y no había detrás de ella más que el gabinete de tocador.

La puerta de entrada caía enfrente de aquel gabinete.

Aquella habitación estaba adornada con inmensos espejos de marcos esculpidos y dorados.

Su mueblaje, un poco sombrío, pero sin carecer de cierta grandiosidad, era de seda verde recamada de flores amarillas, que tenían el reflejo de oro.

Aquellas flores, flores fantásticas, se acercaban por una singular casualidad á la forma de abejas.

Á uno de los lados estaba el sofá de que se ha tratado en las escenas de los capítulos anteriores. El lecho estaba enfrente de la chimenea, sobre la que había un espejo.

En aquel sofá se había sentado Napoleón; en aquel lecho se había acostado; aquel espejo había reflejado las facciones del vencedor de Austerlitz y de Wagram.

En aquella simple disposición de la habitación en que vivía, ¿no había, como hemos dicho hace un momento, amplia materia para que el duque de Reichstadt reflexionase? y los recuerdos que ella encerraba del padre, ¿no explicaban la distracción en que había caído el hijo?

Sin embargo, algunos minutos antes de la medianoche, pareció salir de su distracción por profunda que fuese, se levantó, se paseó á lo largo de su cuarto con agitación, preguntándose á sí mismo:

— ¿Cómo vendrá?

Después, con una sonrisa de duda:

— ¿Vendrá?

En el momento en que se hacía aquella pregunta, se dejó oír aquella especie de rechinamiento que precede en las péndolas al ruido del timbre, y sonó la primera campanada de las doce.

Estremeciósese el joven; no aguardaba á aquella hora una aparición más imposible y más fantástica que la de un fantasma.

Fué á arrimarse de espaldas á la chimenea; sus piernas temblaban.

Colocado así, tenía á su izquierda la puerta de entrada que daba al salón, á su derecha la puerta del gabinete de tocador.

Sus ojos estaban naturalmente vueltos hacia la puerta del salón, no teniendo el gabinete de tocador salida, visible al menos.

De repente, y en el momento en que la vibración de la duodécima campanada se extinguía, se volvió bruscamente.

Le parecía que acababan de hacer en su gabinete de tocador un ruido semejante á un chirrido.

Al ruido de aquel chirrido, sucedió el de un paso que parecía sentarse con vacilación sobre el pavimento.

Ya hemos dicho que el duque no esperaba ni podía esperar á nadie por aquel lado.

El gabinete de tocador no tenía salida.

Sin embargo, el ruido se hacía tan sensible, que el joven no pudo dudar de la presencia de alguno en el gabinete de tocador.

Lanzóse hacia la puerta, llevando instintivamente la mano derecha al puño de la espada, mientras que extendía la izquierda sobre la tapicería que caía delante de aquella puerta.

Pero antes que aquella mano hubiera tenido tiempo de

tocarla, se agitó aquella tapicería, y el duque de Reichstadt dió dos pasos atrás al ver aparecer entre las dos sombrías cortinas la figura pálida de un hombre que salía de una habitación en que no había entrada.

— ¿Quién sois? preguntó el príncipe sacando, por un movimiento rápido como el pensamiento, su espada de la vaina.

El hombre misterioso dió dos pasos hacia adelante, sin parecer inquietarse por aquella hoja desnuda que brillaba en la mano del joven, y poniendo una rodilla en tierra, con el mayor respeto dijo:

— Soy el que espera V. M.

— Más bajo, caballero, más bajo, dijo el príncipe.

Y tendiendo á Sarranti una mano, que éste cubrió de besos, repitió:

— Más bajo, y no pronunciéis la palabra majestad.

— ¿Y con qué título me es permitido llamar al heredero de Napoleón, al hijo de mi emperador? preguntó Sarranti, siempre arrodillado.

— Llamadme simplemente príncipe ó monseñor; llamadme como se me llama aquí; pero ante todo, Dios mío, decidme ¿cómo habéis podido entrar, pasar por ese gabinete, llegar hasta mí?

— Ante todo, monseñor, dejadme probaros que soy el que se os ha anunciado, y que vengo de parte de vuestro padre.

— ¡Oh! aunque no sepa ni cómo venís ni de dónde, os creo.

Entonces, Sarranti, sacando de su bolsillo un papel cuidadosamente envuelto en otro:

— Monseñor, dijo, permitidme que tenga el honor de que os entregue mi carta de crédito.

Cogió el duque el papel, quitó el primer sobre, el

segundo, y vió un rizo de cabellos negros y sedosos.

Comprendió que eran cabellos de su padre.

Dos gruesas lágrimas brotaron de sus párpados; llevó los cabellos á sus labios, y besándolos con ternura y piedad, dijo:

— ¡ Oh piadosas reliquias ! único recuerdo material de mi padre, nunca me dejaréis.

Y pronunció estas palabras con un acento de ternura y de piedad, que hizo estremecer á Sarranti hasta en el fondo del corazón.

El hijo era, pues, como él lo había esperado; era digno de su padre.

Sarranti levantó sobre el joven los ojos, bañados de lágrimas.

— ¡ Oh ! dijo, están pagados mi adhesión, mi fatiga y mis cuidados. Llorad, llorad, monseñor, las lágrimas que vertéis son las del león.

Cogió el duque la mano de Sarranti, y la estrechó con fuerza y silenciosamente.

En seguida, al cabo de un instante, levantando á su vez los ojos sobre Sarranti, y viendo el rudo y varonil semblante de éste todo bañado de lágrimas, exclamó:

— Caballero, ¿ no os ha recomendado mi padre que me abracéis por él ?

Cayó Sarranti en brazos del joven, y así enlazados la robusta encina y la débil caña, confundieron sus lágrimas.

Pasada esta primera emoción, mostró Sarranti con el dedo al príncipe, que bajo el rizo de cabellos había algunas líneas escritas.

— ¿ De mi padre ? preguntó el joven.

Sarranti hizo seña con la cabeza que sí.

— ¿ De letra de mi padre ?

Sarranti renovó la señal afirmativa que había hecho ya.

— ¡ Oh ! exclamó el príncipe, he pedido diez veces letra á mi madre, y siempre me la ha negado.

Y besó religiosamente los caracteres trazados por la mano de su padre, y leyó las palabras siguientes:

« Mi muy amado hijo,

» La persona que te entregará esta carta y el recuerdo que contiene, es Mr. Sarranti, mi hermano de armas, y compañero de destierro, al que confío la ejecución de mis más secretos pensamientos, y mis más caras esperanzas. Escuchad sus palabras como si las escuchaseis de la misma boca de vuestro padre; y los consejos que os dé, seguidlos como seguiríais los míos.

» Vuestro padre, que sólo vive para vos,

» NAPOLEÓN. »

— ¡ Oh ! exclamó el joven duque, vivía, vivía entonces; fué su mano la que trazó estas líneas. Amado seáis, bendito seáis, como merecéis serlo, padre mío. Mr. Sarranti, abrazadme otra vez.

— Sí, sí, continuó, estrechando al compañero de destierro de su padre contra su corazón; sí, seguiré vuestros consejos como si saliesen de la boca misma de aquel que ya no existe, pero que por lo mismo que no existe, nos ve, nos escucha, tal vez está ahí.

Y con una especie de terror extendió el duque la mano hacia el ángulo más sombrío de la habitación.

— Pero ante todo, caballero, continuó el duque, ¿ cómo estáis aquí ? ¿ cómo habéis penetrado hasta este cuarto ? ¿ cómo saldréis de él ?

— Venid, monseñor, dijo Sarranti arrastrando al joven

hacia la luz, y mostrándole otro papel que figuraba un plano geométrico con indicaciones de letra del emperador.

— ¿Qué es eso? preguntó el duque.

— No ignoráis, monseñor, dijo Sarranti, que habitáis en el castillo de Schönbrunn, en el mismo cuarto que habitó vuestro augusto padre.

— Sí, sé eso, y es á la vez un tormento y un consuelo.

— Pues bien, dirigid una mirada á este plano, monseñor; hé aquí una antecámara, un salón, un dormitorio, un gabinete de tocador; aquí está todo, hasta la abertura de las puertas, hasta el sitio de los muebles.

— ¿Pero ese es el plano de la habitación en que estamos?

— Hecho de memoria por vuestro padre; sí, monseñor, después de diez años y con intención de que os sirviese.

— Comienzo á comprender la utilidad de este plano para vos, una vez entrado en el gabinete de tocador; pero ¿cómo habéis hecho para entrar en él?

Cogió Sarranti una bujía, y avanzando hacia la puerta del gabinete de tocador, dijo:

— Tened la bondad de seguirme, monseñor, y vais á ver por vuestros ojos.

Marchó el príncipe detrás de aquel hombre, que le inspiraba una especie de terror supersticioso, como hubiera hecho con un ser sobrenatural, y penetró con él en el gabinete de tocador.

Estaba éste herméticamente cerrado.

— ¿Qué hay? preguntó el príncipe impaciente.

— Aguardad, monseñor.

Aproximóse Mr. Sarranti al espejo; iluminó el marco con la bujía, apoyó un dedo sobre un botón oculto en la

moldura, y el lienzo entero, arrastrando consigo la consola cargada de utensilios de tocador, giró sobre sus goznes, y descubrióse la abertura de la escalera

Acercóse el príncipe con curiosidad.

— ¡Oh! preguntó, ¿qué quiere decir esto?

— Esto quiere decir, monseñor, que en el momento en que habitaba el emperador á Schönbrunn en 1809, cansado de tener que atravesar los salones de recepción, fatigado de tener que responder á las sonrisas de los cortesanos que aguardaban en su antecámara, para ser libre en bajar por la mañana, por la tarde, por la noche y por el día á esos bellos jardines que se extienden bajo vuestras ventanas, hizo practicar esa puerta secreta, esa escalera falsa, cuyo último escalón da á una especie de invernadero cubierto, desierto, donde nadie va; y como esta escalera ha sido hecha por los oficiales de ingenieros, como debía quedar oculta para todo el mundo, es probable que se ignore aquí que existe, y que ninguno desde el emperador haya pasado por ella, como no sea su sombra, que tal vez venga á visitaros por ese camino.

— Pero entonces, dijo el duque maravillado, pero entonces...

No se atrevió á concluir su frase.

— Entonces, aquella escalera, practicada por el padre, podrá, después de veintiun años, servir al hijo.

— ¿Y no había nacido yo cuando se hizo?

— Dios ve hasta en la nada, monseñor, y sus decretos están eseritos de antemano en el libro del destino. Sólo que cuando se manifiesta tan visible, es preciso secundarle, monseñor.

El joven príncipe tendió la mano á Mr. Sarranti.

— Cualquiera que sea la voluntad de Dios respecto á

mi, caballero, dijo, os prometo no oponerme á su cumplimiento. Decidme, pues, ahora lo demás que tenéis que decirme.

Volvió á cerrar Mr. Sarranti la puerta secreta, y volvió á entrar en el dormitorio, haciendo signo al príncipe que pasase delante aquella vez.

— Y ahora que me veis aquí más tranquilo, caballero, dijo el joven, hablad, os escucho.

En seguida, poniendo su mano sobre el hombro del corso :

— Id despacio, caballero, no os apresuréis, comprended que es importante que yo lo sepa todo.

CAPÍTULO X.

DELENDÁ, CARTHAGO.

Monseñor, dijo el corso, hubo en otro tiempo dos ciudades, entre las que mediaba el mar, y que sin embargo no encontraron bajo el sol lugar para las dos.

En tres ocasiones diferentes se estrecharon, como Hércules y Anteo, en una lucha terrible, encarnizada, mortal; y el combate no cesó hasta que una de ellas expiró bajo el pie de la otra.

Aquellas ciudades eran Roma y Cartago.

Roma representaba el pensamiento, Cartago el hecho.

La materia fué la que pereció, Cartago sucumbió.

Sucede lo mismo con la Francia y la Inglaterra; vuestro

ilustre padre, lo mismo que Catón, no tenía más que una idea.

¡ Destruir á Cartago ! *Delenda Carthago !*

Aquella idea fué la que le obligó á hacer la campaña de Egipto y el campamento de Boulogne, la paz de Tilsitt y la guerra de Rusia.

Una vez creyó haber conseguido su objeto, y fué cuando sobre la balsa del Niemen estrechó la mano del emperador Alejandro.

Aquella misma noche estaban los dos emperadores en pie, al lado de una mesa, sobre la que se hallaba extendido un mapamundi.

El uno, mirándolo con ojos vagos, indiferentes, distraídos, tocándolo con mano fría y cubierta con un guante.

El otro devorándolo con una mirada ávida, ambiciosa, profunda, tocándolo con mano agitada y febril.

Tratábase entre aquellos dos hombres nada menos que de dividirse el mundo.

Algo parecido había tenido lugar dos mil años antes entre Octavio, Antonio y Lépido.

Aquellos dos hombres eran el emperador Alejandro y el emperador Napoleón.

— Ved, decía vuestro padre con su voz contenida, dulce é imperiosa á la vez; para vos el Norte, para mi el Mediodía; para vos la Suecia, la Dinamarca, la Finlandia, la Rusia, la Turquía, la Persia y la India interior, hasta el Thibet; para mi la Francia, la España, la Italia, la Confederación del Rhin, la Dalmacia, el Egipto, el Yemen y la India por las costas, hasta la China: seremos los polos vivos de la tierra: Alejandro y Napoleón equilibrarán el mundo.

— ¿ Y la Inglaterra? preguntó vagamente Alejandro.

— La Inglaterra desaparecerá como Cartago: ni más In-

dia ni más Inglaterra, nosotros dos tomaremos la India.

Pasó por los labios del Czar una sonrisa de duda.

Napoleón vió aquella sonrisa.

— Lo creéis difícil y hasta imposible, dijo, porque vuestros ojos nunca se han detenido en ese problema ; porque vuestra mente nunca ha meditado sobre esa idea. En cuanto á mí, es mi sueño eterno, y en mi pensamiento, señor, desde que se han tocado nuestras manos, ha muerto la Inglaterra.

— Escucho, señor, dijo Alejandro. Conozco todo el poder de vuestra palabra, y nada más anhelo que ser convencido por ella.

— ¡ Oh ! dijo vuestro padre, eso será fácil ; pero para ser convencido verdaderamente, es preciso ver la India, no como aparece, sino como es. ¿ Queréis verla así, hermano mio ? Es preciso entonces que consagréis conmigo un cuarto de hora á esa gran cuestión, de la que depende el porvenir del mundo ; y en un cuarto de hora reasumiré para vos el trabajo de toda mi vida.

— Ese cuarto de hora será un recuerdo grande y glorioso en mi vida, señor, dijo Alejandro con aquella triple cortesía rusa, griega y francesa á la vez que le caracterizaba.

— Escuchad entonces, seré breve. Vuestra Majestad admite que el poder de los ingleses en la India es un poder despótico, ¿ no es verdad ?

— Es más que despotismo, respondió Alejandro, es conquista.

— Todo poder despótico se funda en una de estas dos bases, el amor ó el temor.

Alejandro sonrió.

— Algunas veces en las dos, dijo.

— Pero con más frecuencia en la última. Preguntad, señor, al rayah, acurrucado sobre el umbral de su mezquita choza, donde su familia se revuelve en la miseria ; preguntad al cultivador, que envidia la existencia de una bestia de carga ; preguntad al tejedor sin trabajo, que ve vender delante de sus ojos los percales y las muselinas inglesas ; preguntad al zemindar, arruinado con los impuestos ; preguntad al bracman, que ve á los ingleses alimentarse con los animales inmundos ; preguntad al musulmán, que los ve despreciar sus recuerdos y sus tradiciones entrando con sus botas y casi con sus caballos en sus espléndidas mezquitas ; preguntad, en fin, á toda la raza indostana, si ama el yugo que la oprime : el induano, el musulmán, el bracman, el tejedor, el labrador y el rayah os responderán : Mueran los hombres rojos, venidos por mar de países desconocidos y de una isla ignorada.

— ¿ Prefieren á sus príncipes tártaros ? preguntó el Czar.

— Sí, cien veces sí ; porque los príncipes tártaros habitaban el país y gastaban sus inmensas rentas en él, y tocaba siempre algo de ellas al más pobre paria. Pero hoy el inglés, ese señor pasajero ; el inglés, como la oruga de la primavera, no permanece en la India más que en una estación, y después que se haya convertido en una mariposa de alas de oro volará á la madre patria.

— ¿ Y cómo no son más frecuentes las revoluciones con ese odio general que se profesa á los ingleses ? preguntó el emperador Alejandro.

— Porque no puede haber en la India más que sublevaciones individuales, nunca tempestad general. Para que hubiese allí una revolución seria, compacta, universal, sería preciso que las masas no estuvieran divididas, como lo están, por intereses, odios y creencias. Nunca habrá allí un

movimiento universal, porque en el momento en que dos sectas se reúnan para una misma conspiración, es seguro que la víspera de estallar una, hará traición á la otra. Hé aquí lo que sucederá infaliblemente, en tanto que esos pueblos estén entregados á sí mismos. Pero no sería así, señor, si otro poder europeo atacase á la Inglaterra en la India. ¿Permanecerían fieles á la Inglaterra las poblaciones induanas? No. ¿Neutrales entre el último invasor y la Inglaterra? No. Serán hostiles á la Inglaterra, se unirán á su enemigo, cualquiera que sea, adonde quiera que se dirija, venga con el objeto que quiera. Señor, para el hombre que, como yo, sueña hace quince años con la cabeza inclinada hacia la India, con toda esa parte del Asia, que no es más que un vasto estanque, donde duermen sobrepuestos los despojos de cincuenta civilizaciones, las ruinas de cincuenta imperios; el menor temblor de tierra, el menor soplo de la tempestad basta para menearlas, reunir las, amalgamarlas, levantarlas como trombas. Es un polvo social lleno de átomos destructores, si se le deja pasearse al azar; lleno de principios fecundizadores, si se siembra con inteligencia. Á estos torbellinos que vagan al azar bajo formas raras, inesperadas y fantásticas, ¿qué les falta ahora? Un cimiento cualquiera, un espíritu de patriotismo único, una religión común; falta lo que en otro tiempo habían hecho Dupleix y Bussy, esos dos genios abandonados y de quienes renegó la Francia. Pero el jefe hábil, aventurero, enérgico, que venga, como otro Alejandro, que deslumbré á toda aquella multitud con sus triunfos; ese jefe condensaría aquella multitud, haría de ella un pueblo, una nación; la superficie móvil de la India se tornaría en una superficie sólida. No lo creéis, señor; ved el Neva, un niño en una barca corta su corriente, azotando el agua con sus dos re-

mos; que se eleve del polo el viento de Norte, que se avance y sople, y las ondas del Neva se convierten en un cristal sólido, donde la hacha y la azada vienen á despedazarse, donde el hierro es inútil y el fuego impotente. Creedme, señor, la Inglaterra, fuerte contra un Tippto-Saib, un Hyder-Ali, un Sevaji ó un Amir-Khan, será débil siempre que un gigante de fuerza igual á la de ella, venga de Europa con intención de luchar con ella sobre el Indus: el choque de dos columnas hará nacer la tempestad, hará temblar el suelo, y agitarse la atmósfera; entonces se elevarán al instante esos torbellinos de que os hablaba hace un momento; entonces, en todos los puntos comenzarán á obrar en virtud de la ley de formación y condensación. Entonces; ay de la Inglaterra! Sólo en aquel momento sabrá cuán odiada es, hasta qué punto es detestada; cuanto más la lucha se prolongue, más defecciones, más ataques, más traiciones se multiplicarán, más se alborotará la mar rugiente de sus enemigos, y más la ola que baje de Kaboul á Bengala, la rechazará hasta sus navíos, y fugitiva, será demasiado feliz si logra encontrar un asilo en sus puertos de Madrás, de Calcuta y de Bombay.

— Sois milagroso, señor, dijo Alejandro; cuando no hacéis prodigios, los soñáis.

— Pero eso no es un sueño, ni un prodigio, desde el momento en que me secundéis. ¿Sabéis, señor, cuántos soldados tienen en la India?

— Unos sesenta mil hombres.

— Porque contáis las tropas indígenas; yo no las cuento. Los ingleses tienen en la India doce mil hombres de tropas inglesas, que son las que yo cuento: concederé que tengan hasta veinticuatro mil, si queréis. Pero no cuento los cuarenta mil indígenas naturales y cipayos, no los cuento.

Alejandro sonrió.

— Contémoslos, dijo, aunque no sea más que para memoria.

— Sea, contémoslos. Cuarenta mil hombres de tropas indígenas y doce mil hombres de tropas inglesas; total, cincuenta y dos mil hombres.

— Escuchad esto, hermano mio: la India pertenecerá siempre al poder que ponga sobre el campo de batalla mayor número de tropas europeas.

Hé aquí ahora lo que haremos.

Treinta y cinco mil rusos bajarán por el Volga hasta Astrakán, se embarcarán allí, e irán á la otra extremidad del mar Caspio, á ocupar á Asterabad, donde aguardarán al ejército francés.

Treinta y cinco mil franceses bajarán por el Danubio hasta el amar Negro, de allí los transportarán buques rusos á Tangarog. Subirán en seguida por tierra á orillas del Don hasta Pratisbianskaia, de donde irán á Tsaritsin, sobre el Volga, por el que bajarán en barcas hasta Astrakán, donde se embarcarán para reunirse al cuerpo ruso en Asterabad.

Los dos cuerpos franceses y rusos habrán, pues, franqueado casi sin fatigarse ese inmenso espacio de terreno; de allí irán á través del Khorassán y el Caboul, sobre el Indús.

— ¿Atravesando el gran desierto Salé?

— Conozco el desierto; he tenido que hacer en él; confiad en mí, para hacer serpentear en él la gigantesca caravana.

— ¿Conduciríais, pues, esa expedición en persona?

— Sin duda, dijo Napoleón.

— ¿Y quién velará por la Francia cuando estéis á tres mil leguas de ella?

— Vos, señor, respondió sencillamente Napoleón.

Palideció Alejandro; el griego se veía asustado con aquella respuesta, totalmente francesa.

— Pero, insistió, además del gran desierto Salé, vamos á tener dificultades terribles.

— ¿El Afghánistán, no es verdad, cuya geografía es de todo punto desconocida, y cuyas tribus inhospitalarias incomodarán con innumerables tiradores pillos y asesinos la marcha de nuestro ejército?

— Sin duda.

— He previsto el obstáculo, y de antemano está destruido. Envío uno de mis mejores generales á uno de los pequeños soberanos de Beloutchistán, de Lahore, de Scinda ó de Mevar, organiza sus tropas á la europea y nos hace un aliado, que viene delante de nosotros, y á quien dejamos en recompensa la soberanía de todo el país que ha recorrido.

— Pues bien, sea, señor; pero suponeos en el Pendjad, ¿como alimentaréis y aprovisionaréis vuestro ejército?

— En cuanto á eso, no tenemos necesidad de ocuparnos de ello, mientras tengamos una bolsa bien provista, y en Teherán y en Caboul sahocars (banqueros) que hagan honor á nuestros tratados. Allí encontraremos un comisionado admirable, económico, inmenso, organizado hace siglos, diríase que con el objeto de secundar á todos los conquistadores que se han sucedido y se sucedan en la conquista de la India.

— Ignoro absolutamente lo que queréis decir, dijo el emperador Alejandro, y confieso francamente mi ignorancia.

— Pues bien, señor, sabed que existe en toda la inmensa extensión de la península indostana una tribu gigantesca de gitanos, conocida en la India con el nombre de Brinjarias. Ellos son los que en la India se dedican exclusivamente al

comercio de granos. Con bueyes y camellos, los transportan á distancias inauditas, y en caravanas tan numerosas, que se les creería cuerpos de ejército. Esos hombres son los que en 1791 han alimentado á lord Cornwallis y su ejército, en su guerra contra Tippto-Saib; son indios nómades, muy poco embarazados, porque nunca se alojan en las casas, sino que viven bajo tiendas; muy útiles, porque entre otras costumbres extrañas, tienen la de no beber nunca agua de río ni de estanque. Resulta de aquí, que son excelentes compañeros de marcha en el desierto, atendido á que no hay una gota de agua en las cercanías que no sepan encontrarla, esté á la profundidad que quiera.

Pues bien, señor, esos hombres, cuya vida es el comercio, que observan la más estricta neutralidad entre los ejércitos beligerantes, que no tienen otro objeto que vender sus granos y alquilar sus tiros al que mejor los paga, esos hombres bien pagados serán nuestros.

— Pero serán de la Inglaterra al mismo tiempo.

— Seguramente. En mis previsiones de victoria, no cuento con el hambre y con la sed, señor. Cuento con nuestros cañones y nuestras bayonetas.

Pellizcó el Czar sus delgados labios.

— Ahora falta el Indus.

— ¿El Indus que atravesar?

— Sí.

Napoleón sonrió.

— Es una de las preocupaciones esparcidas por los escritores ingleses, dijo, de que el Indus es un obstáculo suficiente para detener una invasión, y que concentrándose el ejército inglés sobre la orilla izquierda del río, puede impedir el paso á un ejército, por poderoso que sea. He hecho sondear el Indus, señor, de Desá-Ismael-Khan á Attock;

tiene una profundidad de doce á quince pies, con siete vados reconocidos, y que nos esperan. He hecho calcular su curso, y apenas es de una legua por hora.

El Indus no existe, pues, para un hombre que ha atravesado el Rhin, el Niemen y el Danubio.

El emperador de Rusia quedó un instante como aplastado bajo el poder del genio que le dominaba.

— Dejadme respirar, señor, le dijo; ese mundo que levantáis como otro Atlante, cae otra vez sobre mi pecho, y me ahoga.

— Y yo, dijo el joven príncipe, os diré á mi vez como el emperador de Rusia: dejadme respirar, caballero.

En seguida, levantando sus manos y sus ojos al cielo, dijo:

— ¡ Oh, padre mío! ¡ padre mío! ¡ cuán grande eras!

CAPÍTULO XI.

DELENDÁ CARTHAGO (CONTINUACIÓN).

El antiguo soldado del emperador, el antiguo compañero de destierro de Napoleón, no había insistido tanto sobre los detalles de aquel vasto plan, más que para llegar al efecto que acababa de producir; es decir, á hacer que el hijo midiese la grandeza del padre, y á conducirle en consecuencia á reconocer los deberes que le imponía para con el mundo el nombre gigantesco que sobre él pesaba.

En efecto, el joven, como si se sintiese aplastado por aquel nombre, se levantó, sacudió la cabeza, y se puso á recorrer la habitación á pasos largos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Adm. 1625 MONTERREY, MEXICO

29982